

*custoditur, et inter flagella Dei à murmuratione compescitur.* S. GREG. IN HOMIL.

*Dæmonium est mala suggerere, nostrum est non consentire. Quoties eis resistimus, toties eos superamus, angelos glorificamus, Deum honoramus, qui visitat, ut pugnemus; adjuvat, ut vincamus; consolidat, ne deficiamus.* S. BERNARD.

recibimos, y nos guardamos de murmurar de Dios, que nos castiga.

Es propio de los demonios sugerirnos el mal, pero nuestro deber es, no consentir en él. Cuantas veces los resistimos, otras tantas los vencemos, damos gloria á los ángeles, y honramos á Dios, que permite la tentacion para que peleemos, nos ayuda para que triunfemos, y nos dá fuerzas para que no desmayemos.

## DESAFÍO.

*Non vosmetipsos defendentes... mihi vindicta, ego retribuam, dicit Dominus.*

No os vengueis vosotros mismos... á mí toca la venganza, yo haré justicia, dice el Señor.

(Rom. XII, 19.)

En el día se observa un hecho grave, aflictivo y desconsolador, que no puede ménos de llamar la atencion de todos los hombres pensadores. Tal es la frecuencia espantosa de los desafíos. Si esta plaga, que alarma vivamente á la sociedad, si esta lepra social, que asola tantas familias, si este espantoso cáncer, que hace tantas víctimas, va tomando creces, es porque su causa aumenta en proporcion. Ahora bien: esta causa es la soberbia. Invadida la sociedad por este vicio infame, las relaciones de hombre á hombre sufren una alteracion profunda; las ofensas toman un carácter más grave; los ódios son

más generales y duraderos, y los desafíos más frecuentes. No tienen otro origen, si bien se estudian, todos estos desórdenes. La soberbia, que desde el principio del mundo, aspiró á ser reina de los hombres, toca con su cetro maléfico á las generaciones, y las convierte en sociedad de salvajes. El hombre dice: *Sobre mí, nada*, y desprecia toda autoridad; *contra mí, nada*, y quisiera reducir á pavesas á cuantos le ofenden ó se le oponen. En vano la Iglesia nos repite las palabras, que San Pablo dirigia á los Romanos: á nadie volvais mal por mal; renunciad á la propia defensa por venganza, puesto que tenemos por vengador al mismo Dios; los duelos son cada vez más frecuentes, y, lo que parece increíble, en estas horribles trasgresiones de las leyes naturales, divinas y humanas, se hace consistir el honor. Tal es la depravacion intelectual y moral de los hombres en el siglo llamado de los progresos y de las luces. Contra este desórden impio, bárbaro, irracional, salvaje, ridículo, ignominia de la civilizacion, y baldon de la sociedad humana, quiero, hoy, levantar mi voz, en nombre de la religion y de la sociedad, para demostraros, que el desafío es una costumbre impia, ridícula y bárbara: impia en su principio; ridícula en sus motivos; bárbara en sus resultados. Ayudadme, primero, á implorar los auxilios necesarios. A. M.

1. De la soberbia á la impiedad hay muy pocos pasos; y cuando vemos en el hombre refinamiento y exceso de soberbia, la impiedad está dominando ya su corazon. Ahora bien: el desafío no es más que el refinamiento y exceso de la soberbia; por esto he dicho, que es impio en su origen. La exagerada idea, que el hombre se forma de sí mismo, le hace suponer grande aún la mas pequeña ofensa, y le arastra á cometer los más repugnantes desmanes; y hasta á negar el derecho divino y la suprema autoridad de Dios para dar leyes al hombre. Bajo este punto de vista, hay en el desafío una apariencia de impiedad, ya que no digamos, que la hay en el corazon de los que le provocan, admiten, ó autorizan. Si en el corazon de los duelistas hubiese creencias positivas, estas creencias tendrian formada en él una repugnancia habitual, espontánea y permanente, no digo ya á provocar á otros á un bárbaro combate á muerte, pero ni á tomar la más pequeña parte en un crimen, que es tan grande ante la ley divina y ante la humana. Pero, cuando la impiedad ó la indiferencia religiosa reinan en los corazones, cuando se supone que, ó no hay Dios, ó que no cuida de las cosas del mundo, cuando se cree, que nada hay más allá de la tumba, el hombre no reconoce ley alguna para sus vicios. *Antes que yo, nadie; sobre mí, ninguno; contra mí, na-*

da. Ved ahí la última fórmula del orgullo humano; y á estas tres blasfemias, grito de los corazones impíos, se sacrifica la amistad, se sacrifica el honor, se sacrifica la vida, se sacrifica la religion, y se sacrificaría todo el género humano, si tuviese una cabeza para acabar con él de una vez, como deseaba hacerlo el más detestable de los antiguos tiranos de Roma. Desde el instante, en que la impiedad rompe el freno de las creencias, y domina los depravados instintos del hombre, el natural desorden de las pasiones se revela con toda su fuerza; entónces, apenas se recibe una injuria ú ofensa, sea grande, sea pequeña, la ira se exalta, la venganza se apetece y se busca, y la rabia de la osa á quien robaron los hijuelos, no iguala á su frenesí destructor. La impiedad, pues, ó la indiferencia, que es lo mismo, es el origen de los desafíos.

Por esto observareis, que la locura del desafío se desarrolla en todas las épocas de incredulidad. Imposible es explicar por otro principio, tanta y tan horrible depravacion como la que supone el provocar, el admitir y autorizar el desafío. Cuando ni al que provoca, ni al que admite, ni al que autoriza el desafío, le causa horror la sola idea de un acto tan reprochable, señal es, de que no están muy arraigadas las divinas creencias en sus corazones. Estudiad la vida y las costumbres de los que toman parte directa ó indirecta en los desafíos; no encontrareis entre ellos á personas piadosas, á personas que asistan con frecuencia al templo del Señor, y que practiquen la religion; sino á personas que no asisten jamás á un acto religioso, á gente, ó sospechosa en sus creencias, ó visiblemente impía. Y si de una persona á quien consideráramos como cristiana, se nos dijese, que habia provocado ó admitido semejante exceso, desde luego creeríamos, ó que su espíritu religioso habia sido hipocresía, ó que habia renunciado á la fe para satisfacer un deseo de venganza. Porque, decidme, amados oyentes, ¿cómo es posible, que teniendo fe en Dios, temiéndole y amándole, estando además convencido, de que despues de esta vida, hay otra, y de que en el momento de morir en un desafío, ha de presentarse el duelista ante el tribunal de Dios, para darle cuenta de todos sus pensamientos y acciones, y si sabe y cree, como debe saber y creer, que entónces mismo comenzará para él una eternidad desgraciada; cómo es posible, repito, que hallándose familiarizado con estas aterradoras ideas, se atreva á provocar, ó admitir el desafío? Tal vez se diga, que la ira ofusca la razon, y que á los duelistas no se les ocurren estas ideas, por más que se hayan nutrido con ellas. Vana respuesta. Sabemos que la ira ofusca la razon; por esto no nos sorprende, que un hombre irritado cometa un crimen; pero

no olvidemos, que á los desafíos les preceden tarjetas, declaraciones, la eleccion de padrinos, y otras formalidades ridiculas, con las cuales se dá tiempo más que suficiente para calmar la ira. Lo repito: los duelistas, y los que los apadrinan, son impíos, ó, á lo ménos, no están muy arraigados en sus creencias.

Además, sabido es, que la Iglesia ha condenado siempre el desafío. El santo concilio de Trento fulmina excomunion, contra los padrinos, contra los que conceden á los duelistas campo para el combate, contra los que de cualquiera manera aconsejen el duelo, contra los que lo presencién, y priva de los sufragios y de la sepultura eclesiástica á los que mueran en el desafío. No hay quien ignore estas solemnes disposiciones de la Iglesia. Pues bien, cuando los duelistas se desentienden de ellas, las desobedecen y desprecian, revelan la impiedad de su corazón, que les hace, ó mirar como una mentira lo que la Iglesia les enseña, ó despreciar las penas con que la Iglesia les amenaza.

Amados oyentes, guardaos bien de imitar estos ejemplos que revelan, en los que los dan, un fondo de impiedad abominable. Guardaos bien de toda lectura de libros, en que se elogie á los duelistas. Solo son dignos de infamia y baldon los que desprecian á Dios, y á todas las leyes divinas, naturales y humanas. Ved aquí lo que voy ahora á demostraros.

2. Nada más comun, que recurrir al honor cuando se trata de justificar un duelo. ¡Honor! exclama el que desafía. ¡Honor! repite el que acepta. ¡Honor! murmuran los medianeros ó padrinos. Lance de honor le llaman sus defensores. Pero, ¿saben los que así hablan, qué se entiende por honor? Honor para la criatura, miéntras ultraja á su Criador; ¿quién defiende este delirio? Honor para el hombre, miéntras se ultraja á la humanidad; ¿quién puede figurárselo? Honor para un ser racional, miéntras insulta á la razon; ¿quién se atreve á defenderlo? Si para los duelistas y sus defensores algo valiese el testimonio de Dios, les recordaría, que el Espíritu Santo dice en el libro de los Proverbios: *Honor est homini, qui separat se à contentionibus*. Prov. xx, 5. Es honor del hombre el huir de disputas ó contiendas. Les haría ver, que la gloria y el justo motivo de gloriarse, como dice el Eclesiástico, consisten en el temor de Dios: *Timor Domini gloria et gloriatio*. Eccli. 1, 11. Traería á su memoria aquella sentencia del Espíritu Santo: Honrada será la descendencia del que teme á Dios; y deshonorada será la del que traspassa los mandamientos del Señor: *Semen hominum honorabitur, quod timet Deum;*

*semen autem exhonorabitur, quod præterit mandata Domini. Eccli. x, 25.*

Pero ya que no admiten los duelistas el testimonio de Dios, para enseñarles en qué consiste el verdadero honor, voy á citarles las palabras de uno de los mas célebres deistas de los tiempos modernos. «Guardaos bien, dice Rousseau, de confundir el nombre sagrado del honor con esa preocupacion feroz, que pone todas las virtudes en la punta de una espada, y no sirve más que para dar arrojito á los malvados... El honor sólido no es variable; no depende ni de los tiempos, ni de los lugares, ni de las preocupaciones: ni puede pasar, y renacer; tiene su origen eterno en el corazon del hombre justo y en la regla inalterable de sus deberes. Si los pueblos más ilustrados, más valientes y más virtuosos de la tierra, no conocieron el duelo, digo que no es una institucion de honor, sino una moda horrible y bárbara digna de su feroz origen. Resta saber, si cuando se trata de su propia vida, ó de la de otro, el hombre honrado toma la moda por norma de su conducta, y si, en este caso, no se dan pruebas de más valor despreciándola, que siguiéndola? Considerad vosotros mismos atentamente, si es permitido atacar con propósito deliberado la vida de un hombre, y exponer la vuestra para satisfacer un bárbaro y peligroso capricho, que no tiene ningun fundamento razonable. ¿Conocéis algun crimen igual al homicidio voluntario? Y si la base de las virtudes es la humanidad; ¿qué pensaremos del hombre sanguinario y depravado, que se atreve á atacarla en la vida de su semejante?»

«Aún cuando fuese cierto, que rehusando el batirse, se atrajera uno el desprecio de los ociosos, de los malvados, que tratan de divertirse con las desgracias de los demás; ¿puede esto darse como un motivo para exponerse á la muerte? ¿Qué desprecio es más temible, el de los demás, obrando bien, ó el suyo propio, obrando mal? Creedme; al que se estima verdaderamente á sí mismo, le importa poco el injusto desprecio de otro, y no teme más que hacerse digno de él; porque lo bueno y honroso no depende del juicio de los hombres, sino de la naturaleza de las cosas; y aún cuando todo el mundo aprobara vuestra pretendida valentía, no por eso dejaria de ser harto vergonzosa. Por otra parte, es falso, que, al abstenerse de un duelo por virtud, se haga uno despreciable. El hombre recto, cuya vida no tiene tacha, rehusará manchar su mano con un homicidio, y por eso será más respetado, pues se echa de ver, que teme ménos morir, que obrar mal, y que le espanta el crimen y no el peligro.»

«Yo considero los duelos como el último grado de brutalidad á que pueden llegar los hombres. El que va á batirse con la alegría en

el corazon, no es, á mis ojos, más que una fiera, que trata de despedazar á otra; y si queda algun vestigio de sentimiento natural en su alma, compadezco ménos al que perece, que al vencedor. Ved á esos hombres familiarizados con espectáculos de sangre; no desprecian los remordimientos sino ahogando la voz de la naturaleza; se vuelven sucesivamente crueles é insensibles; juegan con la vida de los demás, y el castigo de haber podido faltar á la humanidad, es perderla completamente al fin. ¿Qué son en este estado?» NUEV. ELOIS. LIB. 57.

Así se espresa Rousseau: y meditando sus razones, debemos tener por loco al que crea defender lo que llama su honor, cometiendo un asesinato; es una estupidez buscar en la herida ajena el honor propio, sin reparar en la mancha é infamia, que cae sobre el que toma una sangrienta venganza del ofensor. Pero ¿que hago, Dios mio, qué hago? ¿Por qué me detengo á probar las más obvias verdades y principios del derecho y de la razon natural? ¿A quiénes dirijo mi palabra? ¿En qué sociedad vivo? Combatir una de las mayores aberraciones que puede experimentar la sociedad humana, no es cosa que honra á estos tiempos en que tanto se blasona de cultura. Pasemos pues á demostrar, que el desafío es bárbaro en sus resultados.

3. Demente seria el hombre, que viendo á su enemigo poniendo una chispa de fuego en su casa, corriese al punto á amontonar allí combustibles, y á arrojar, en medio de aquel incendio, todas sus alhajas y riquezas, y aún á sus mismos hijos. Semejante modo de obrar, no podria explicarse sino por una demencia. Pues bien; esta es la conducta del duelista. Su adversario, al ofenderle, le ha querido comunicar una chispa de su malicia y de su mala voluntad, y él hace, que con esa chispa, se encienda toda su ira, se abra su razon, se extravien sus potencias, se destruya su casa, perezca su riqueza, y sean siempre desgraciados sus hijos. Quería vengar su honor, y lo pierde labrando al propio tiempo su desgracia y la de su familia. ¡Hombres bárbaros, si la consideracion del insulto, que se irroga á la ley divina y humana, que son las encargadas de ejecutar la justicia, no es bastante para haceros abominar el duelo, deténgaos el amor de vosotros mismos, el cariño de vuestra familia, y el interés de vuestros hijos!

Otra consideracion debiera hacerles detestar la teoría y la práctica del duelo, y es, la de que con él se profanan y borran los más sagrados sentimientos de la naturaleza. ¿Qué seria del género humano y de la sociedad, si se generalizara el duelo? Aquel volveria á los más rudos tiempos de la barbarie, y ésta se convertiria en un inmenso campo de sangrientas luchas. Ha hecho muy bien la Iglesia en cortar,

por medio de la excomunion, del cuerpo místico de sus fieles, esos miembros, que siempre están dispuestos á devorar á sus hermanos. No debe pertenecer á la Iglesia, el que en la sociedad es un lobo rapaz. No debe pertenecer á la familia cristiana, el que contra la familia humana atenta.

Hermanos míos, si hay una chispa de fe en vuestro entendimiento, reprobad y condenad esa impía costumbre, que la desmedida soberbia de nuestros tiempos ha reproducido. Rechazad las malévolas sugerencias, que se os bagan, para que de una manera ó de otra toméis parte en los desafíos. El que perdona, es grande; el que se vengaga, es pequeño y miserable. La religion y la humanidad condenan el duelo, que, como os he demostrado, es impío en su principio, ridículo y necio en sus motivos, y bárbaro en sus resultados. Detestadle de todo corazón, y ahogad en vuestra alma el orgullo, padre de este mónstruo. Sed humildes; perdonad las ofensas; la humildad y la generosidad harán, que en vuestra alma penetre la gracia, y que después alcanceis la gloria.

Véase VENGANZA.

## DESAPEGO.

*Expectatio creaturæ, revelationem filiorum Dei expectat.*

Las criaturas todas están aguardando la manifestacion de los hijos de Dios.

(Rom. viii, 19.)

Estas son, carísimos hermanos, las palabras con que el apóstol S. Pablo nos anuncia la perturbacion, que el pecado ha causado entre las criaturas. Todo está en desórden, desde que el hombre se rebeló contra Dios. En vano pretenden los hombres dados al placer,

que la tierra debe ser un lugar de delicias, y que en ella se puede ser feliz; no ven, que el abandonarse á semejante idea, hace, que sea más triste habitar la tierra, aumenta los desórdenes de este mundo, y provoca la justicia de Dios contra el género humano. Los impíos, al notar este desórden, acusan á la divina Providencia; pero no ven, que el mismo desórden dimana de los hombres, y que Dios, por el contrario, calma, por medios ocultos, atenua ó repara el mal. Los hijos de Dios aprenden á desasirse de la tierra, á levantar sus miradas al cielo y sus aspiraciones á la posesion de Dios. Corrompidas las criaturas, el cristiano debe tratarlas con moderacion: seductoras, el cristiano se libra de ellas por el deseo de la eternidad. Tal es, hermanos míos, el asunto de este discurso. A. M.

1. Entre el cúmulo de deseos, que continuamente surgen en el alma humana, hay uno que los domina todos, y que subsiste sobre los restos de los demás: es el deseo de la felicidad, deseo esencial, invencible, irresistible, por el cual el alma humana aspira á la posesion de Dios. Nada en el mundo puede sofocar este deseo, porque es, digámoslo así, parte integrante de la naturaleza humana; y en medio de las miserias más horrorosas, de las desgracias más terribles, veis siempre brotar del fondo de su corazón este deseo. Desgraciadamente engañado por la aparente dulzura de las criaturas, el hombre, hermanos míos, consulta los sentidos, y estos malos consejeros, siempre en contacto con los seres materiales, le persuaden, de que la felicidad consiste en la posesion de estos seres. ¡Error funesto, seducción deplorable, cuyas consecuencias engendran el pecado y la muerte! Los hijos de Dios, no se dejan tentar por esta seducción, ántes la rechazan con valor, y saben dominar los deseos más imperiosos, los apetitos que compelen á las almas sensuales hácia los placeres de la vida; saben que la tierra es un campo de prueba, de lucha, de combates; por eso los mártires dan su vida, los cenobitas, se despojan de este fango de los bienes terrestres, que les habria impedido atravesar sin naufragio los agitados mares del mundo: almas puras, que, en medio del siglo, se conservaban puras por un pensamiento elevado, por el sentimiento más noble, por el deseo del cielo.

Y despues de tales ejemplos, hermanos míos, ¿amaremos aún la tierra, buscaremos una felicidad efímera, é iremos á mancharnos con esas criaturas, ya condenadas por el pecado á la destruccion y á la muerte? El que se atrasa en el camino del cielo, y no sabe, que debe andar constantemente para llegar á toda costa, ese es el viajero insensato, que, devorado de sed, y sabiendo que puede apagarla en una